

PUBLICACIONES DE LA Sección Femenina



SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA

AÑO II MADRID, 25 DE ABRIL DE 1943 NUM. 69

SUS PALABRAS:

HABEIS querido, mujeres extremeñas, venir a acompañarnos en nuestra despedida. Y acaso no sabéis toda la profunda afinidad que hay entre la mujer y la Falange. Ningún otro Partido podréis entender mejor, precisamente porque en la Falange no acostumbramos a usar ni la galantería ni el feminismo.

La galantería no era otra cosa que una estafa para la mujer. Se la sobornaba con unos cuantos piropos, para arrinconarla en una privación de todas las consideraciones serias. Se la distraía con un jarabe de palabras, se la cultivaba una supuesta estúpida, para relegarla a un papel frívolo y decorativo. Nosotros sabemos hasta dónde cala la misión entrañable de la mujer, y nos guardaremos muy bien de tratarla nunca como tonta destinataria de piropos.

Tampoco somos feministas. No entendemos que la manera de respetar a la mujer consista en sustraerla a su magnífico destino y entregarla a funciones varoniles. A mí siempre me ha dado tristeza ver a la mujer en ejercicios de hombre, toda afanada y desquiciada en una rivalidad donde lleva—entre la morbosa complacencia de los competidores masculinos—todas las de perder. El verdadero feminismo no debiera consistir en querer para las mujeres las funciones que hoy se estiman superiores, sino en rodear cada vez de mayor dignidad humana y social a las funciones femeninas.

Pero por lo mismo que no somos ni galantes ni feministas, he aquí que es sin duda nuestro movimiento aquel que en cierto aspecto especial asume mejor un sentido femenino de la existencia. No esperaríais sin duda esta declaración en boca de quien manda—inferior en esto a cuántos le obedecen—tantas filas magníficas de muchachos varoniles.

Los movimientos espirituales del individuo o de la multitud responden siempre a una de estas dos palabras: el egoísmo y la abnegación. El egoísmo busca el logro directo de las satisfacciones sensuales; la



abnegación renuncia a las satisfacciones sensuales en homenaje a un orden superior. Pues bien; si hubiera que asignar a los sexos primacía en la sujeción a esas dos palancas, es evidente que la del egoísmo correspondería al hombre, y la de la abnegación a la mujer. El hombre—siento, muchachas, contribuir en esta confesión a rebajar un poco el pedestal donde acaso le teníais puesto—, es torrencialmente egoísta; en cambio, la mujer, casi siempre acepta una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda abnegada a una tarea.

La Falange también es así. Los que militamos en ella tenemos que renunciar a las comodidades, al descanso, incluso a amistades antiguas y a afectos muy hondos. Tenemos que tener nuestra carne dispuesta a la desgarradura de las heridas. Tenemos que contar con la muerte—bien nos lo enseñaron bastantes de nuestros mejores—como un acto de servicio. Y, lo que es peor de todo, tenemos que ir de sitio en sitio, desgañitándonos, en medio de la deformación, de la interpretación torcida, del egoísmo indiferente, de la hostilidad de quienes no nos entienden, y porque no nos entienden, nos odian, y del agravio de quienes nos suponen servidores de miras ocultas o simuladores de inquietudes auténticas. Así es la Falange. Y como si se hubiera operado un milagro, cuanto menos puede esperar en ella el egoísmo más crece y se multiplica. Por cada uno que cae, heroico; por cada uno que deserta, acobardado, surgen diez, cien, quinientos, para ocupar el sitio.

Ved, mujeres, cómo hemos hecho virtud capital de una virtud: la abnegación, que es, sobre todo, vuestra. Ojalá lleguemos en ella a tanta altura; ojalá lleguemos a ser en esto tan femeninos, que algún día podáis de veras considerarnos ¡hombres!

(Palabras pronunciadas por José Antonio en Don Benito, después del mitin, a unas camaradas.)

LO FEMENINO Y LA FALANGE

SUMARIO

- La Sección Femenina, junto al sepulcro de Santiago en el VII Consejo Nacional, por Fray Justo Pérez de Urbel (ilustración de E. Segura). Página 2.
- Lección del Caudillo a la Sección Femenina de la Falange, por Pilar Primo de Rivera (dibujo de Tauler). Página 3.
- Estampas juveniles, por Carmen Werner (capitulares de Casarrubios). Página 4.
- Imperativo poético de la Organización, por María Laso (dibujos de Viladomat). Página 5.
- Horizontes de Imperio, por María Ontiveros. Pág. 6.
- Vieja canción de primavera, por Josefina de la Maza (viñetas de P.). Página 7.
- Escuela Mayor «José Antonio», por Luisa María de Aramburo (ilustración de J. E. del Buey). Págs. 8 y 9.
- La breve historia de Josefa, Divulgadora rural, por Lulá de Lara (dibujo de Viladomat). Página 10.
- Canción de Artesanía, por Carmina Martín (dibujo de Teodoro Delgado). Página 11.
- Productoras de España, por María Amalia Elsbil. Página 12.
- Tiempo ganado en la Ciudad Universitaria, por María Nieves González Echevarría (dibujos de Tauler). Página 13.
- Hermanidad de la Ciudad y el Campo, por C. Roldruejo (dibujos de Pedro Bueno y Tauler). Página 14.
- Mancera de servir, por María Miranda (ilustración de Serny). Página 15.
- Publicaciones de la Sección Femenina. Página 16.

LA SECCION FEMENINA, JUNTO AL SEPULCRO DE SANTIAGO EN EL VII CONSEJO NACIONAL

Por FRAY JUSTO PEREZ DE URBEL

ESTOS Consejos de la Sección Femenina, que vienen celebrándose con una regularidad astronómica, a pesar de los hielos y de las lluvias y de los fríos y de todas las furias invernales, tiene por objeto meditar y dialogar y discurrir sobre los servicios, necesidades, progresos o deficiencias de la Falange entre las camaradas enfrentarse con los problemas que van surgiendo al correr de los días, recoger los alientos y las lecciones de los buenos ejemplos, de los aciertos, de los triunfos y aprender también a evitar tropiezos, a prevenir extravíos, a deshacer asechanzas. Son como exámenes de conciencia, cuya mayor utilidad está en las resoluciones y en los propósitos que se toman a consecuencia de ellos.

Así se explica por qué cada año las Jerarquías de la Sección Femenina echan a andar por las tierras de España para buscar el ambiente que ha de ser más propicio a sus deliberaciones y a sus decisiones. Toda meditación requiere su marco, su composición de lugar, y esto lo sabía bien San Ignacio, pero lo requiere más aún si es una meditación femenina. Por estar, generalmente, más dotada de imaginación y de sensibilidad, la composición de lugar obra más profundamente sobre la mujer. Por eso me parece un gran acierto el que ha tenido la Sección Femenina al elegir un ambiente adecuado para sus Consejos y al variar le constantemente buscando siempre la impresión nueva, el latido escondido del corazón de España y el impulso de auto-sugestión que le ayudará a iluminar su ideal, a mantener su fervor, a caldear su ánimo y a renovar las fuerzas, gastadas acaso en los afanes de la tarea cotidiana. Y para esto ve una preparación conveniente, una ayuda preciosa en la belleza del paisaje, en la evocación del pasado, en el lenguaje de los monumentos, en el prestigio aleccionador de alguna gran figura de nuestra historia. Y un año, en medio de la lucha, se sentirá como hechizada por la magnificencia de los recuerdos, y las piedras de Segovia; otro irá a escuchar las voces pretéritas que hablan tan dulce y tan fuertemente entre el tráfago vibrante y optimista de la Ciudad Condal; otro se reunirá en torno a la tumba de los Reyes Católicos, maestros de Imperio; otro irá a con-

fortar y entonar su alma entre las alamedas del Duero, río del Romancero, en Zamora "la bien cercada", tan rica de bellezas artísticas, tan llena de viejas tradiciones.

Este año ha sido el de Santiago de Compostela. El VII Consejo Nacional ha desarrollado sus tareas en torno a la tumba del Apóstol, Pa-



trón de España. La religión, el arte, la historia patria. Eso ha sido y eso tenía que ser. ¿Qué instinto es éste, que con una seguridad perfecta guía los pasos de esta porción escogida de la Falange? ¿Qué intuición?, si queréis, o hablarlo mejor, ¿qué misteriosa asistencia de la ma-

no de Dios? Este año llamaba la voz del Apóstol. Hace diecinueve siglos que derramó la sangre por su Maestro. Es un año jubilar, cuando la gracia brota abundante de aquel lugar donde se guardaban sus restos; de aquella fuente de salud, donde han encontrado gracia y salud, y esperanza y energía, y perdón y seguridad de victoria millones de peregrinos.

Y este año santo los primeros peregrinos fueron las camaradas de la Sección Femenina.

Elas se han presentado ante el Apóstol y el Apóstol ha intervenido en sus deliberaciones. ¿Y cómo se han regocijado sus huesos cuando ellas desfilaban por la estrecha y venerable cripta, donde se guarda el arca sagrada! Es que en cada una de ellas podía ver como una continuadora de su apostolado. El recorrió las tierras hispanas llevando fe, paz, luz, alegría, consuelo, esperanza de salvación. Y eso mismo es lo que ellas están realizando, y para empaparse en su mismo espíritu, para aprender a no fatigarse y a no desalentarse nunca, para vestirse de su paciencia y de su generosidad y de su fortaleza, para contemplarle humilde, abnegado, sonriente, entrando en los pueblos iberos, y a la vez triunfante, poderoso, arrollador, aniquilando a los enemigos de la Patria como norma de conducta, y al mismo tiempo como anuncio de victoria, para todo esto fueron los primeros días del año a la prodigiosa ciudad gallega, que es uno de los solares más venerandos de las tierras hispanas. La gran basilica se vió llena de camisas azules, como antaño de fuertes corazas y de mallas de acero; en las salas espléndidas del Colegio de Fonseca resonaron las doctrinas de la Falange, encarnando a la España de siempre, porque es religiosa y militar; y las camaradas a tra vesaron aquellas plazas únicas y aquellas calles enlosadas, recogiendo los anhelos, los ideales, las lecciones de los peregrinos—reyes, santos, guerreros, capitanes, descubridores, penitentes—que antaño las hollaron.

Al volver a sus casas sentían que una fuerza nueva llenaba sus corazones, que se encontraban más ágiles para el trabajo y la lucha y que el Apóstol las ayudaría en sus tareas como había ayudado a los defensores de la fe, apareciéndose visiblemente en las batallas.

Manera de Servir

Por MARIA DE MIRANDA

A nosotros se nos ha dado la mejor parte.

¿No es esto suerte?

¿No es hermoso trabajar para que nuestras camaradas sientan la alegría del vivir con todas las energías de que Dios dotó a sus espíritus abiertos de par en par y a sus cuerpos jóvenes?

Nuestro servicio es alegría y damos gracias al Señor, a quien plugo el ponernos en él cuando podía haber dispuesto fuéramos a parar a uno de aquellos llenos de expedientes o de números.

Gracias os damos, Señor.

Y os las da también cada una de las camaradas que se encuadra en la Educación Física de la Falange Femenina y que piensa: «Fortaleceré mi cuerpo para mejor servir a mi Patria».

El cuerpo, don inapreciable con que Dios nos ha dotado, merece todos nuestros cuidados. Seríamos ingratos para con El si menospreciáramos éste su regalo dejándolo abandonado.

Hay todo un concepto moral que nos prohíbe el suicidio y que nos prohíbe asimismo atentar contra nuestra propia salud. Pues bien, ese mismo precepto moral debe llevarnos a la acción opuesta; esto es: al cuidado, al mejoramiento de nuestro propio cuerpo. Por eso, cada una de las camaradas al encuadrarse en Educación Física cumple con un deber moral y «sirve».

Nuestras chicas «sirven» cuando juegan, «sirven» cuando hacen gimnasia, «sirven» cuando alegres, caminan en fila india mientras suben por una ladera o cuando se deslizan vertiginosas sobre sus esquís.

Y «sirven» en muchos sentidos. Ellas fortalecen su cuerpo para mejor «servir» a su Patria. Ellas «sirven» porque ponen el juego que une frente a la porfía que separa.

Ellas, en la competición, defienden con nobleza de corazón los colores de su equipo o el nombre de su provincia y la sirven.



Y cuando la competición sale del ámbito del Partido, cuando al lanzarnos en un descenso, en un Campor la Sección Femenina, entonces nuestro coraje se peonata de España de esquí pensamos que corremos multiplica. El de nuestros camaradas en una trinchera no es mayor que el nuestro y nos tiramos fuerte, con los dientes apretados, las piernas en flexión y el cuerpo hacia adelante, como si las piernas no nos llevaran a la velocidad de nuestro ímpetu y pensamos con alegría, casi con deseo, en la posibilidad de ofrecer en esa carrera todo aquello que primeramente habíamos cuidado y fortalecido; pensamos en ofrecer nuestro cuerpo, nuestra vida. ¿Qué importa

el accidente! Nosotros corremos por la Falange. La servimos.

Y así nuestras camaradas consiguen para Ella la prueba de combinada en el 1942, y recientemente de nuevo es para la Falange el título de campeón de España de Habilidad y el de Combinada.

Y jugando por la Falange, «sirviéndola» a la Falange, nuestras chicas se enfrentan en hockey con Alemania, y el resultado de los dos encuentros realizados traen un 2-1 a favor de España. Y es sirviéndola a Ella y a la Falange, que las jugadoras españolas dieron lugar a una frase muy conocida ya entre nosotros pronunciada por nuestra ciclista alemana: «No comprendo, cómo las españolas, que se mueven tan despacio en la vida diaria, son tan ágiles y corren tanto en el campo».

En Alemania no se esperaba aquello del juego español. La sorpresa fué enorme. ¡No contaron con que se tratara de camaradas de la Falange Femenina!

Y así cada una de nuestras camaradas, desde la mejor jugadora a la tímida principiante que se encuadra en un equipo de distrito para ver qué es eso del baloncesto o del balón a manos, sirve a su Patria y a la Falange, y sabe que con ello cumple el deber que le impone el lema de nuestro Servicio: «Dejaré a mi Patria mayor y mejor que la encontré».

No dudéis, camaradas, de que así será. Tal vez os parezca un poco pretencioso nuestro lema. No es pretencioso. Aun cuando esté tomado del juramento de los Efebos, parece que lo hizo un castellano. Es recio y seguro como es Castilla. Y nosotros lo cumpliremos. Tenemos la obligación ineludible de conseguir que nuestra Patria mejore y engrandezca. José Antonio dijo que España no le gustaba. Y nosotros con él, porque encontramos una España que no nos gustó, empleamos todos nuestros esfuerzos en conseguir que España sea como José Antonio la quiso. Y lo conseguiremos.

«Sirviéndola», dejaremos una España mejor y mayor que la encontramos.



Hermanidad de la ciudad y el campo

«Hay que elevar a todo trance el nivel de la vida del campo, ojero permanente de España.»

NACTO la Hermanidad de la Ciudad y el Campo de dos realidades: de la incomprensión y del desconocimiento de los hombres de la ciudad por el campo y sus problemas, de las vidas que en él se desarrollan y de la triste vida que los hombres del campo tenían que soportar.

Sin resolver la primera realidad, nunca podrían ser verdaderas aquellas hermosas palabras «vivid en santa hermandad», porque la hermandad, que es amor, aunque tiene su raíz en la comunidad de pensamientos y de afectos, aunque en principio se halle establecida entre los miembros de la comunidad española, para ser verdadera, para ser entrañable, para ser verdadera, ha de basarse en el conocimiento.

Los hombres de la ciudad desconocían el campo, se sentían tantas veces desprecio hacia los hombres que jornada tras jornada abrían el surco en el que quedaba con la semilla su propio sudor hacia los hombres que al llegar a la ciudad tenían un aire encogido, desorientado, sin duda porque sus ojos hechos a los grandes horizontes y a los limpios paisajes chocaban con el asfalto y el cemento. Porque sus vidas igua-

les año tras año, medidas sólo por las cosechas y por los soles, en silencio y en calma no podían comprender la agitación y la prisa de las ciudades. Tantas veces olvidó el hombre de la ciudad a sus hermanos campesinos sin los que la comunidad no hubiese sido completa.

Y era preciso encontrarse, llenar de interés y de comprensión la barrera antigua, saber descubrir cómo a través de su capa humilde aquellos hombres encerraban auténticos valores y cómo en su trabajo ponían lo mejor de su vida, y cómo eran capaces de moverse por el mismo supe-

rior impulso abandonando la tierra y la soledad y las costumbres cuando la voz definitiva congregara a los hombres para conquistar con las armas la Patria perdida.

En el diario combatir los hombres de la ciudad conocieron al hombre del campo. Supieron de su silencio, de su entrega, de su resistencia. Supieron de su ardor. Conocieron su vida y vivieron en hermandad gozosa y perdurable.

Y en la soledad del campo sin hombres, la mujer campesina llenó su puesto con esperanza y fortaleza.

Pero si el vivir las mismas jornadas y el compartir los mismos peligros había unido a los hombres, el vivir en un mismo trabajo y el seguir unidas las jornadas daría comprensión y amor a la mujer del campo y a la mujer de la ciudad. En los días en que toda la atención se concentraba en la lucha que día a día iba logrando la Victoria, las mujeres, afanadas hasta entonces en finas labores de las manos, en su preparación intelectual, se extendieron con un yugo labrador al pecho y una gran fortaleza en el alma joven a dar su ayuda, su interés, su compañía, el esfuerzo de sus brazos y el conocimiento más completo del cuidado del hogar, de la crianza del hijo, de las labores femeninas, a aquellas mujeres que en cambio, por escuchar cada día la lección de la tierra, tenían en sí mismas virtudes de abnegación, de paciencia y de trabajo.

Para la segunda realidad es

Por C. RIDRUEJO



Y volverías a atar al trabajo de sus manos. A la labor artesana, el encaje, el bordado, transmitido de generación en generación, como patrimonio familiar, donde van tejendo con el hilo sus pensamientos y sus afanes. Trabajo que es vivo porque en él va proyectado algo de la propia persona que lo ejecuta.

Conocimiento de sus obligaciones como mujeres y conocimiento también de sus derechos, de los beneficios que pueden recibir, de las leyes que protegen su trabajo y su vida familiar.

Y hacerles gozar de cuanto pueda elevarlas, de cuanto pueda extender su horizonte, de cuanto pueda ayudarles a dar un nuevo sentido a sus vidas, de cuanto es un lazo de unión de las muchachas del campo y las de la ciudad. Y en las residencias veraniegas, descansan, y juegan, y siguen una disciplina, muchachas de distintas regiones y ocupadas en distintos trabajos.

Y las que han estado día tras día bajo el sol de Castilla, se sientan junto al mar que acaso alguna vez adivinaron en las lejanías de un horizonte sin fin.

Lograda la hermandad entre el campo y la ciudad, elevado su nivel de vida como por su condición de seres humanos tienen derecho, hemos de incorporar a la tarea común.

Y esta es también hermosa misión.

Llevar al alma de las campesinas el orgullo de una Patria a quien servir, la alegría de una comunidad, entrañable en la que militar; la certeza de que con cada uno de sus actos, en el más familiar de sus actos, en la más humilde de sus tareas diarias, están sirviendo, al par que a su destino individual, al destino de España y de Europa y del mundo; al destino total y armonioso de la creación.

igualmente apremiante. «La vida rural española es absolutamente intolerable, ha dicho José Antonio.

Aparte de la hondura del problema total; en lo que a la vida familiar se refiere, por el desconocimiento de toda posible comodidad, la falta de higiene, el seguir año tras año la rutina en la crianza de los hijos, en el arreglo de la casa, en las faenas del campo, en el trabajo de la mano; la desprecupación por toda innovación por adquirir conocimientos nuevos.

Era preciso llevar la inquietud de mejorar a aquellas vidas quietas, hacerles saber que la vida es un aprendizaje que obliga a todos, que podían ser más felices y más útiles, conociendo tantas cosas ignoradas, llegando a ellas las ventajas de una enseñanza racional que, haciéndoles abandonar sus rutinas, transformase su hogar en un bello sitio habitable.

Era preciso enseñarles la importancia de las industrias rurales, de la cría y selección de animales para el mejoramiento de la raza, del cultivo de las flores que adornasen las casas y los pueblos, dándoles una fisonomía alegre. Llevarles la conciencia de que su trabajo individual tiene que ir de acuerdo con las necesidades colectivas, y al mejorar su producción, las obras de sus manos al elevar su nivel de vida, es la vida de la comunidad la que se eleva, son los productos nacionales los que mejoran.



Lección del Caudillo a la Sección Femenina de la Falange

Por *Lilae Raimo de Rivera*

«Tampoco somos feministas. No entendemos que la manera de respetar a la mujer consista en sustraerla a su magnífico destino y entregarla a funciones varoniles. A mi siempre me ha dado tristeza ver a la mujer en ejercicios de hombre, toda afanada y desquiciada, en una rivalidad donde lleva—entre la morbosa complacencia de los competidores masculinos—todas las de perder. El verdadero feminismo no debería consistir en querer para las mujeres las funciones que hoy se estiman superiores, sino en rodear cada vez de mayor dignidad humana y social a las funciones femeninas.—JOSE ANTONIO

EL Caudillo ha hablado muchas veces para todos los españoles; pero en dos ocasiones ha querido hablar expresamente a las camaradas de la Sección Femenina, y creo que hoy es buena ocasión de recordar lo que él dijo una manera ordenada nos ha ido enseñando, porque no habló sólo para salir del paso, sino que sus dos lecciones abarcan de una manera total lo que debe ser la norma de nuestra vida falangista.

Por eso hoy, lo mismo que en Medina, vuelvo a decirlos: abrid vuestros sentidos para que no perdáis ni una sola de sus palabras.

El Caudillo sabe que la misión principal de la Sección Femenina es la formación, y así, lo primero que hace es situar nuestra Escuela Mayor en un lugar histórico de España, para que esta formación abarque de una manera completa a nuestras Juventudes; porque conoce muy bien todo lo que el ambiente tiene de influencia en el ánimo de la persona, y así nos dice:

«Y nada mejor que este ambiente castellano para rendir un acto de esta naturaleza, al lado de los viejos muros que contemplaron los últimos instantes de la Reina Isabel. En estas llanuras dilatadas que no cerca el horizonte ni la ambición, donde todavía parece sentirse el galopar de los caballeros de la Reina, ¿qué mejor lugar para la meditación a la vida, qué sitio más hermoso para formar nuestras Juventudes?»

«No podíamos elegir marco mejor para encuadrar las lecciones políticas de nuestras Juventudes que estos muros maravillosos, que estas estancias solemnes de este solar castellano, donde vivió y murió la primera de las mujeres españolas, aquella Reina de Castilla, todo valor, todo espíritu de sacrificio, todo aliento en el camino de la Patria.»

Después nos da como ejemplo la vida de la Reina que habló en la Mota, y nos dice también cómo pudo ella vencer las dificultades que le salieron al paso, porque tenía sobre todas, como tiene nuestra Falange, la idea de Unidad.

«En la vida de la Reina Isabel de España tenéis todo un libro para estudiar. Ella conoció también de los tiempos turbulentos y materialistas. Ella se crió también abandonada entre la corrupción y el vicio. Pero supo mantener la pureza de su fe y la pureza de sus virtudes. Este es un ejemplo que tenéis que dar las mujeres españolas de hoy. Estas mujeres que en estos lugares oscuros, que más fieles de madres, que de madres, han sabido guardar puros los sentimientos de la fe y los sentimientos de la Patria.»

«Yo sé que nuestro ideal, al recorrer estas bóvedas y estos espacios, despertará ecos hermanos. Lo mismo que nosotros recibimos a España, en forma similar le recibió Isabel de Castilla, dividida y enfrentada en lucias merquinas, con grupos esquinados y nobles desenfrenados. ¡Ambiciones! ¡Misericordias! Todo lo que un pueblo desorganizado y el Estado anárquico puede dar de sí. Entonces se corrigió con la sabiduría de un ideal, con el Imperio del espíritu y con la fortaleza de la unidad.»

Y nos habla también de Teresa de Jesús:

«Yo deseo que desde hoy os acompañe en vuestras tareas la evocación de aquella Reina que, por ser ejemplar para todos, es hoy espejo de las mujeres españolas; y que en esta misma tierra castellana, en la que galoparon recios los caballos del Cid y pisaron suaves las sandalias de vuestra Patrona la Santa de Avila...»

«Isabel de Castilla y Santa Teresa, las dos mujeres que son exactamente el prototipo de lo que queremos nosotras que sean las Secciones Femeninas. La que sabe ser madre y perfecta esposa, como la del cantar de los cantares, y, al mismo tiempo, gobernar un Imperio, y la que loca de amor y de fe se entrega a Cristo porque quizás ha oído del Maestro la misma pregunta que San Pedro: «¿Pedro, ¿me amas?»»

«Las dos mujeres, que no son ni heroínas ni decadentes, que de ninguna de estas dos clases las queremos, sino perfectamente equilibradas en el servicio de Dios y de la Patria.»

«Y con sus últimas palabras en la inauguración del Castillo deposita en nuestras manos la misión más alta que podíamos apetecer. La de intranquilizar a las generaciones venideras para que no dejen de cumplir el testamento Universal de la Reina. «En esta tierra que recorrió en su frajinar guerrero la más grande de las Reinas, encontráis la inspiración para hacer comprender a nuestra generación aquel testamento glorioso y sus tres mandatos: el amor a los pueblos de América, la integridad del territorio patrio y el espacio vital para nuestra España; que si aquellas generaciones lo olvidaron, a la nuestra le corresponde ejecutarlo.»



ronó la unidad política, territorial y racial de todos los españoles, entonces también difamaron a la Reina grande.»

Y por último, después de habernos dado la visión total de nuestra misión a cumplir, nos marca las normas completas y el detalle de nuestra tarea:

«Os queda todavía formar a los niños y a las mujeres españolas. Os queda hacer estas mujeres sanas, fuertes e independientes; crear ese carácter de que es ejemplo la Reina que murió tras esos muros, de que es ejemplo aquel testigo castellano, pleno de ideales y profecías, que se representa hoy de nuevo en España.»

«¡Guerra! ¡Es que alguien se cree que bastan los armamentos y las formaciones militares para ganar la guerra? Las guerras futuras serán mucho más terribles de lo que la imaginación alcanza. No serán las unidades de los frentes de batalla las que sufran los duros y bárbaros bombardeos; no serán las gloriosas formaciones masculinas las que tengan que luchar ni recibir el azote de la guerra. En la guerra se irán buscando los puntos vitales de la nación: las fábricas y las comunicaciones, los puertos y los muros, y entonces, no padecerán sólo los hombres; seréis también vosotras; mujeres españolas, será toda la nación la que sufrirá. Si para que sufran un Ejército se necesitan disciplina y virtudes, imaginad lo que hace falta para que sufran una nación. Se engañan los que creen que bastan estas formaciones. Son necesarias las virtudes. Es necesaria la unidad; es necesario el patriotismo que forjáis vosotras en los hogares; es necesaria esa disciplina que hacéis con vuestras canciones o con vuestras cosas juveniles. Es preciso levantar a España, y vosotras vais a ser las adelantadas de la paz.»

Y con estas palabras tan alentadoras para nosotras termina su lección. «Tengo fe en vuestra obra. Yo haré que a todos los hogares españoles pueda llegar el sol y la alegría. Yo haré que en estos vetustos muros se forje la primera Escuela de las Secciones Femeninas, donde se prepare a las mujeres al conjuro y al recuerdo de aquella Reina ejemplar, de aquella mujer sublime que marcó de un modo solemne los derroteros para España.»

Españoles todos, queridas camaradas de la Falange Femenina, gritad conmigo: ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

Por MARIA NIEVES GONZALEZ ECHEVARRIA



ESTAMPAS JUVENILES

Por CARMEN WERNER

se le escapa por la frente, con sus ojos tan negros y su corta nariz, con su uniforme apretado en la cintura, y airoso y voleado en la falda, Isabel es una verdadera niña y el tipo conseguido de una Flecha.

Ella tiene a gala llegar puntual al colegio, su grupo escolar; ella tiene a gala llevar los zapatos bien relucientes, y los calcetines estirados, y las uñas limpias (en algo se tiene que notar su calidad de Flecha).

Su hermana es modista en una Gran Casa; pero Isabel, «¿Para qué va Isabel?», preguntan las vecinas.

Por lo pronto Isabel concurre por las tardes a una Escuela de Aprendices del Frente de Juventudes.

Pero Isabel tiene sueños heroicos; ahora, en el pasado carnaval, ha vestido de enfermera a su muñeca Marisa (una modesta imitación de la paradójicamente elegante Mariquita Pérez) y sobre el blanco delantal se destacan, magníficas de confección, unas desproporcionadas flechas rojas.

Perico, su muñeco llorón, será soldado; por eso le ha hecho un gorro cuartelero precioso y una aproximación de camisa azul. Isabel, antes de dormirse, mira arrobadoramente su obra genial de alta costura. Sobre la cómoda están sentados sus muñecos preferidos disfrazados de sus preferidos sueños. Isabel quiere ser enfermera. Su ambiente familiar, sin embargo, la inclina a seguir por el camino de sus brillantes aptitudes manuales, tal vez podrá ser decoradora o modista de teatro...



NTRE el bullicio regocijado que acude al gran desfile, cruzan con ritmo musical, en graciosa y suave alineación, las falanges femeninas de Franco.

—Madre, ¿puedo ir a la fuente a beber? —grita una cría desde lo alto de una escalera de limpieza, mientras, m il a g r o s a mente en equilibrio, contempla el gran desfile «al paso alegre de la paz»...

—Madre, ¿me dejas que me baje? Madre, ¡yo quiero pipas!

Por la calle Almirante resuenan voces juveniles, y un pequeño cielo de amapolas con tallos azules se aproxima.

—Madre, yo quiero ser Flecha—exclama la niña de la escalera.

—Buena eres tú para marchar a la voz de mando—replica la madre.

—Pues claro que sí marcharía; yo quiero cantar y llevar uniforme.

Y la pequeña niña de la escalera siente de repente una fuerte vocación que la llama a esa disciplina alegre voluntariamente abrazada.

En lo alto de la escalera ella es la chica irresponsable que trata de hacer... voluntad, abandonando inconscientemente a la madre el cuidado de regañarla y protegerla...

Pero con el uniforme azul; claro está que ella sería una Flecha como las demás, cuidándose a sí misma y llenando de prestigio a su unidad.

Se alejan las voces de la pequeña centuria que lleva consigo la alegría femenina de formar en el coro del gran poema épico y viril de la Victoria.



N el recreo, gran discusión. Los uniformes azules de las alumnas revolotean en torno a la madre Concepción. El partido de tenis sigue su peloteo agresivo, pero el grupillo espectador ha perdido de repente todo el interés por el «set».

—Madre, ¿por qué no le dice usted a Paloma que yo tengo razón? ¿Qué sabe ella de un campamento?... Ella es una tonta que sólo sabe de Ondarreta... de las Arenas...

—Vamos, niñas, vamos—interviene la Madre Concepción—. Paloma no es tonta; ella va donde sus padres la llevan.

—Bueno, Madre, pues yo le digo a usted que he ido cuatro veranos a campamentos, y que conozco los cuatro sitios más maravillosos y divertidos del mundo... Conozco una playa fantástica en Girona, conozco el campamento de Rascacría en Madrid, y el de Zumaya en San Sebastián, y el de Torremolinos en Málaga, ¡que es de gloria!

—Madre, ¡y qué vida la del campamento! ¡Tan emocionante, tan divertida, un uniforme tan bonito!... Por la mañana, cuando apenas nace el sol, misa en el campo, izar la bandera...

—Y luego, la playa, los cantos, los bailes, las marchas, y por la noche, el fuego del campamento.

—Pues a mí no me dejan ir a un campamento—dice Marichu.

—Yo quiero conseguirlo este año—tercia la encantadora niña Guzmán.

—Sí que debe ser hermoso—dice la Madre—; pero ahora estamos en el tenis. Ya la Madre Loreto, vuestra instructora del Frente de Juventudes, os informará acerca de ello. Y, sobre todo, María Delfina, creo que has olvidado lo mejor en tu entusiasta descripción—dice la Madre—, y es el espíritu cristiano del campamento, que cubre bajo su techo a tantas niñas ricas y pobres, y que vistiéndolas con un mismo uniforme tan bonito y sujetándolas a esa disciplina alegre que nos cuenta, hace que se vayan compenetrando y queriendo todas las clases de España.



—Y yo ese pañuelo de gasa.

—Pues yo llevaré todo eso dentro de cuatro años, que es lo divertido, porque luego, cuando una se casa, ya no se divierte más...—Eso dice Niñita...

Esta salida chafa un poco la ilusión del pequeño grupo, que vuelve a la realidad de los doce años.

—Voy a comprarme una cretona monísima para mi pañuelo del campamento, ¡me hace una ilusión! La única pena que tengo es que no estaremos reunidas este verano, ¡tonta de Marta con sus décimas!

—Pues yo estoy contenta—dice Marta—de ir a una estación preventorial, porque, al fin y al cabo, es lo mismo. Y la pobre mamá está encantada; así se puede marchar con los pequeños a un puerto de mar. Me han dicho que la preventorial donde voy es fantástica, y la vida es igual a la del campamento. Con la diferencia que el médico es el jefe, y que las instructoras son enfermeras.

Total, un reconocimiento diario; más tiempo en la cama por las mañanas, y más reposo por la tarde... y bien mimadas en las comidas, por añadidura.



OR los matorrales de El Pardo, un pequeño caminito cruzado de mil conejos traviesos nos conduce a la quinta, la Escuela de la Nacional de Instructoras, la Escuela «Isabel la Católica».

Este palacio fernandino, tan agradable de arquitectura, cuya granja adjunta sirvió de solaz y aprendizaje rural al desgraciado Príncipe de Asturias de nuestra última Casa reinante, tiene también un bello jardín geométrico y romántico...

En tiempos de la república fue una proyectada residencia del jefe de Gobierno, Azaña, y sufrió el palacio con tal motivo beneficiosas transformaciones, que le introdujeron el confort de calefacciones y baños, instalaciones higiénicas y cómodas no soñadas aún en el esplendor cortesano, forzosamente cómodo de hace un siglo. Pero la feroz milicia roja convirtió el sibarita palacio de su intelectual conductor en asquerosa pocilga, devastada, sucia y rota. Y las magníficas y señoriales lámparas perdieron sus transparentes pendolocos de cristal, y los graciosos y artísticos empapelados caían a jirones. Y los suelos de brillante «parquet», levantados y sin brillo... La bonita granja, destruida, y borrado el bello jardín.

Ahora, entre el palacete que ha vuelto a ser blanco y la antigua granja, se pasean confidentes grupos de muchachas, de diecisiete a veinte años, que cursan su grado de instructoras. Ha vuelto a levantarse la granja, que conserva aún cierto aire campesino, con interior alegre y moderno de residencia juvenil. Y en los amplios salones del antiguo palacio, m a r a villosamente restaurado, se alinean butacas isabelinas, que recibirán en sus acogedores brazos las atentas alumnas que acuden al salón de conferencias... También encontrarán adecuado mobiliario en la sala de estudio o en el pequeño y rocoso saloncito de música, o en la piadosa capilla de esta Escuela de «Isabel la Católica», donde se ejercitan los jóvenes mandos femeninos del Frente de Juventudes, en sus formativas funciones y deportivas, musicales y artesanas enseñanzas.

Esta nueva y simpática profesión femenina relevará a tantas muchachas españolas de la obligada máquina de escribir o de la pesada e inadecuada odología.

con viento fresco de que... bastante polvo en los... zapatos de... regresan a... sus casas las tres camaradas. El paseo, delicioso para la estudiante, que la conduce al atardecer de la escuela a la casa. Caminan retardándose en los sugestivos escaparates.

—Cuando yo me casé llevaré esos «clips»—dice María Delfina.

—Y yo ese pañuelo de gasa.

—Pues yo llevaré todo eso dentro de cuatro años, que es lo divertido, porque luego, cuando una se casa, ya no se divierte más...—Eso dice Niñita...

Esta salida chafa un poco la ilusión del pequeño grupo, que vuelve a la realidad de los doce años.

—Voy a comprarme una cretona monísima para mi pañuelo del campamento, ¡me hace una ilusión! La única pena que tengo es que no estaremos reunidas este verano, ¡tonta de Marta con sus décimas!

—Pues yo estoy contenta—dice Marta—de ir a una estación preventorial, porque, al fin y al cabo, es lo mismo. Y la pobre mamá está encantada; así se puede marchar con los pequeños a un puerto de mar. Me han dicho que la preventorial donde voy es fantástica, y la vida es igual a la del campamento. Con la diferencia que el médico es el jefe, y que las instructoras son enfermeras.

Total, un reconocimiento diario; más tiempo en la cama por las mañanas, y más reposo por la tarde... y bien mimadas en las comidas, por añadidura.



ESTA tarde emprendo el mismo camino en busca de un libro olvidado. Y dibuja mi paso una sola sombra exacta sobre el asfalto de la carretera.

Abril despliega ya la gloria alta del sol y no se oye en torno el aire, porque la brisa sólo habla con las ramas de los árboles, y ahora no apunta más que el brote niño de unos pinos sobre el incipiente verdor de la tierra.

Voy, pues, al sol absoluto y en silencio. Entre cuatro puntos, que son como una nueva ordenación cardinal de la vida. Atrás, el encuentro urbano de las calles con las esquinas; la ciudad para dar cauce a la corriente y saber acertar con el paso militante de cada día. A un costado—al diestro, como se lleva la espada—, la piedra rota, dura y perenne del combate, y al otro, la semilla que ya prende flor esperanzada sobre la tierra.

«...para que yo creciera sobre una patria hermosa...»

Parece como si con un poco más de andar hacia adelante pudiéramos llegar a descalzar el pie sobre las cimas azules de la sierra. Y entonces—qué hondo deseo!—, rodilla y pie desnudo, besar primero el cielo y cazar después el Imperio con la mano. Como a un pájaro fresco y antiguo cuyas alas abiertas nos incitaran el alma desde las lejanías del mar y de las cordilleras.

Ahora hay que torcer a la derecha. A la izquierda se queda Arquitectura, blanca y desapasionada, y ya no lejos, hacia la mitad del camino, Filosofía, como un enorme y apaisado ladrillo, con su proa combatida, lacerada por el sol al corte de las cinco.

En el fondo marcha un poco obsesionada. Siempre he pensado que aquí, doblado ya el ángulo que endereza la carretera hacia la Facultad, debió caer Eugenio. No he preguntado nunca el lugar exacto a Rafael García Serrano, pero así lo imagino—«Inclinada la cabeza sobre el borde mismo de la mañana entregó veinte años sin estrenar por la Patria, la Falange y el César»—, hiriendo con su cuerpo precisamente el centro del camino. Ni en el remanso de la orilla derecha ni en el de la orilla izquierda buscó reposo el minuto celestial de su sangre, sino que estoy segura que fué sobre la anchura rigurosa del sendero, dando a un pedazo de tierra la grava y ritual alegría de acoger la dimensión corporal del Héroe.

De cara a una intemperie madrugadora. Y consagrando frente a la cátedra de cien teorías filosóficas, una sola profunda y entera filosofía de bien morir. La de dar calledamiento y voluntario júbilo la vida por la Patria.

Pienso, dulcificando la angustia, que, como en un verso del Dante, a su caída etablaba de luz el aire...

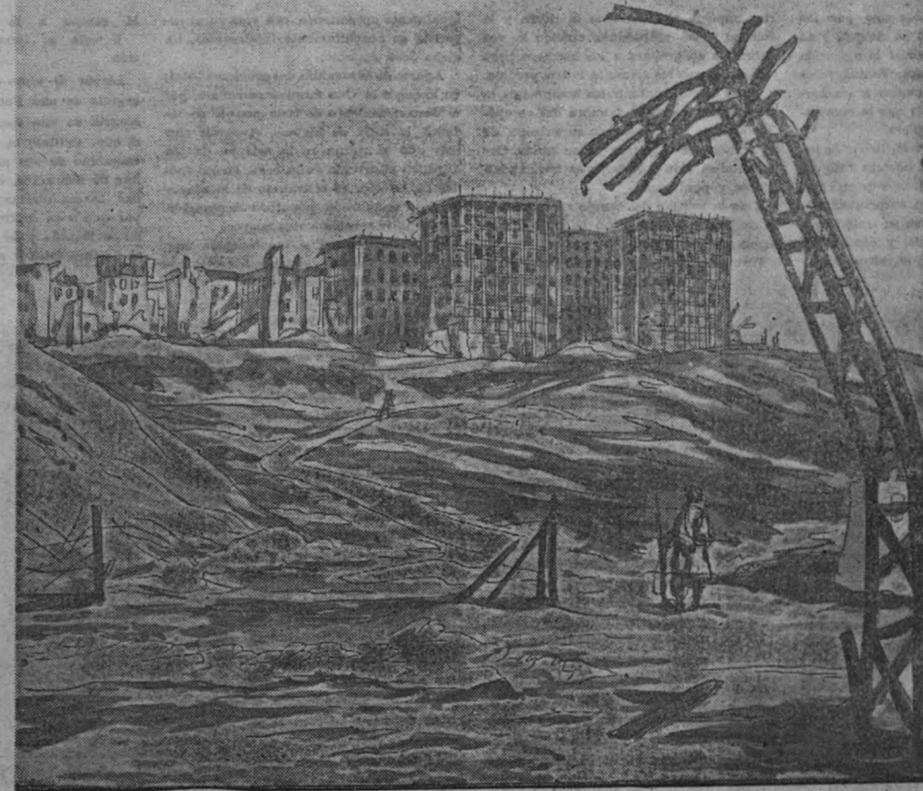
Y mientras voy andando, lastimada



el silencio de la tarde por el roce de cincuenta pisadas militares, medito que entre ideas y vueltas a esta Facultad—Herodoto, Fichte, apuntes de Arte, última traducción de Tito Livio— primera que desveló sus ventanas sobre la Ciudad Universitaria, ganaron su tiempo unas muchachas estudiantes, porque manos de mujer hicieron pronto florecer sobre el pecho del universitario caído la dulzura primaveral del último saludo.

A la primera ventisca hostil del invierno

del 32 al 33, estas pocas estudiantes de Filosofía sienten palpitar en el alma la trascendencia de su tiempo, entre los textos sabios de todo lo que ha pasado y el escepticismo fácilmente conseguido de la mesa que rige el aula. Y así hay como una fuga liberadora en subir a la terraza y allí encender una consigna en el ánimo, soñar alegremente con el mañana alzado de banderas e improvisar esa ayuda elemental y eterna de la mujer al hombre que combate. La mujer y el hombre que aprenden por en-



tonces a quererse limpiamente de una nueva y entrañable manera: la del camarada.

A esta terraza alta y de breve borda llegan siempre, sin que uno lo pueda expresar muy bien, el olor del mar y de Castilla. Y así se sueña a la vez con la sal y el páramo que se adivinan detrás de los picos azules y de la verde línea ancha y cortisana de los encinares de El Pardo.

A la ciudad se va entonces a recoger el eco que la voz de José Antonio ha enganchado por todas las esquinas para el hombre o la mujer de buena voluntad que quiera prendérselo después como norma y medalla en el corazón, y con claro entendimiento.

Son los tiempos iniciales del Sindicato Español Universitario, los del asalto a Medicina, los de la sangre de Francisco de Paula Sampol, los de la última lección de Matías Montero, los de la hermanada inquietud del primer Consejo del S. E. U. Y llegan al duro riesgo de la jornada estas mujeres primeras que vienen de la Universidad con un ofrecimiento de perseverancia en servir. Servir en función de amor proclamando con la palma abierta la Verdad perdida y encontrada.

Florecen a cada primavera los jardines de la Ciudad Universitaria palpitando la fertilidad de la sangre en las yemas tiernas de los árboles. Todo se vuelve por días más difícil y se multiplica la estudiante nacional-sindicalista en la propaganda, el afán y el servicio. Irrumpe la turba en el recinto y hay que ocultar después cien motivos legales de detención. Porque al ganar la empresa en alcance y segura medida se estrecha en torno el cerco del rencor enemigo. «No importas, se reza como una letanía; no importa; que la Falange ha prometido una estación de risa triunfal, y Eugenio, el bien engendrado, ha dicho antes de reclinar su cabeza en el regazo primaveral de mayo: «Te juro por Dios que venceremos.»

Desde el año 32 hasta hoy es éste buen campo universitario de lucha por España. Palenque de palabra y acción cuando se

jugaba la Patria su destino, y trincheras desgarradas a la hora cierta de desenterrar la exacta clave.

Pero antes de que llegaran este definitivo momento, antes de la hora fácil de acercarse a la Falange, antes de poder ponerse libremente una camisa azul, antes de que Madrid aprendiera el amargo juego de cambiar la ofensiva por el parapeto, hubo quienes, también entre las mujeres, perdieron estérilmente su tiempo, pues que no dieron un paso en el camino recién abierto y no alcanzaron la altísima gracia de merecerse entera y profundamente la tierra española que pisaban el primero de abril. Y hubo quienes—hermanas mayores, de las que venimos detrás— entre el arma y el libro, en su femenina manera, se adelantaron al primer paso de la empresa junto al escuadrista y el Caido, con las flechas, la mano y la plegaria. Y éste es un tiempo ganado.

Productoras de España

Por MARIA AMALIA BISBAL

Y A en sí, pura y sola, es una de las consignas más hermosas: «Hay que devolver a los hombres los sabores antiguos de la Norma y el Pan.»

Probad a decíroslo lentamente, sopeando en las sienes una a una las palabras y veréis cómo se os viene al ánimo como un regusto tibio y confortador, algo como si ya, desde siempre, hubierais sentido vosotros también—sin voz y casi sin forma—la gozosa gravedad de esa misma frase.

¡La Norma y el Pan!
¡La rigidez densa y somera de la Idea, hermanada a la dulzura suculenta y frágil de los triguales!

Hay una audacia inmensa en esa frase.

¡Verdad, camaradas de la «Hermandad de la Ciudad y el Campo», que vosotras que conocéis bien, ¡de verdad!, a las gentes laboradoras, sabéis que esas palabras sólo podían escribirse en una mañana exacta, así, clara y rotunda como ésta, a una hora sin mixturas, cara a la «tierra absoluta»?

Hoy, aquí mismo, en estas tierras de la «Granja-Escuela Hermanas Chabás», confundidas la Delegada universitaria que viene a dar su clase de «Estilo», con esa camarada jornalera del campo que escucha con avidez de tierra yerma la lluvia de palabras hermosas que caen sobre su alma aun niña, se hace más cierta y más firme esta consigna; casi llega a adquirir una realidad física que sentimos gravitar alegremente sobre los hombros como una gavilla de impulsos que acabáramos de cosechar.

Primero, la Norma fuerte, ancha, entera —como llamada a conducir un caudal opulento y apasionado—, y luego, el Pan, una pleamar de mieses rubias ¡logradas en buen esfuerzo!, capaces de cambiar el hambre baja, en un puro gesto sobrio, cuando manos de mujer parten las hogazas en la yanta del mediodía!

¡Cómo rebrilla hoy el sol sobre los maizales y cómo ya para siempre en adelante, las palabras de José Antonio más que como una consigna habremos de sentir las como un credo, como un único evangelio capaz de reconducir a una unidad profunda y entrañable los ánimos más dispersos y los impulsos más encontrados de nuestras gentes!

¡Qué bien riman hoy aquí, entre los maizales, en plena faena de recolección, la sencillez de la Norma y la humildad de la Hogaza!

La Norma tendida como una recta insobornable del cielo a nuestra viva tierra española y conducida así, gozosamente, a impulsos de la más cálida ilusión femenina a través de las tierras frías y yermas de Castilla o de estas abundosas y cálidas de Valencia.

La Norma, el «ser trascendente» de la estirpe española, conducido así, proa al Tiempo, sin torpes concesiones a la «venenosa succión física de la tierra», con esta sencillez inacabable que nos sobrecoje, porque la practican mujeres humildes que no aprendieron jamás a fingir.

¡Y cómo alegra el ánimo ver a la primera Jerarquía provincial femenina compartiendo el rigor de la



vida del «Curso campesino» con estas camaradas y productoras un poco deslumbradas por la ordenada austeridad de esta vida en la «Granja-Escuela»! ¡Ellas, que creían que el campo sólo era el sol de mediodía que abrasa o la escarcha que hiere... y cuántas



cosas además y hermosas es ahora para ellas el Campo!

Envío:

Tú, camarada de Silla, me habías dicho que te hablabas de la «Hermandad», querías saber, querías

llevarte a tu Delegación Local algo más que órdenes y fichas y consejos prácticos. Sin saberlo, porque hundida en tu trabajo de la fábrica apenas has leído sobre estas cosas, tú querías llevarte a tu regreso del Curso unas briznas de algo impalpable, algo ideal, que te ilusionara y te levantara el ánimo, como si dentro de ti se hubiera encendido un haz de bengalas, algo que te conmoviera y te hiciera bien alma adentro; pero no sabías lo que querías, porque el mismo deseo era en ti algo tan leve y tan sin forma posible que no acertabas a expresarlo.

Pero yo te entendí.

Y hubiera querido hablarte, qué sé yo... Por ejemplo, de que sin la rotundidad de la tierra que sustenta y ahinda,

sin el soporte de las gentes del campo con vuestras virtudes elementales, enterizas; que claváis la plomada exacta, realista y de buen sentido, en la teoría—tantas veces desorbitada—de las gentes de la ciudad, la nueva empresa de la refundación española correría el azar de esfumarse en magnificencias verbalistas o en sublimes irrealidades.

Pero, también, que sin la ambición ideal y la alta norma de las gentes de la ciudad, que levanta el esfuerzo hasta convertirlo en ofrenda y ennoblece el sudor hasta trocarlo en vigilia; vosotras, las gentes del campo inclinadas eternamente sobre vuestra sencilla cosecha, presos en las cuatro bardas del poblado que os cercan las orillas..., seríais sólo entes miserios y tronchados bajo el soporte de vuestro esfuerzo reiterado y eterno.

Hubiera querido decirte que en el más alto orden de la vida, primero es la empresa misional y heroica que funda, ordena y eterniza el esfuerzo.

Y luego la espiga que salva, erige y consolida al hombre.

Que antes es la aventura y la cruzada—espada y cruz—que alzan la espiga hasta convertirla en «pan de faces», en Sacramento y Cuerpo de Dios.

Y luego la ancha tierra que sustenta a las gentes y las pertrecha para el afán relevado de los siglos.

Y primero y siempre, entre el esfuerzo y la idea, entre la gleba y la estrella: La Norma. El saber querer. El saber renunciar sobre todo.

Te hubiera dicho todo esto y mucho más, entre tus sonrisas y tu asombro. Pero recuerda que te llegó un quehacer, algo muy pequeño, pero que te arrancó del comienzo de nuestra charla, porque aquel día eras «Jefe de día» y había que practicar la disciplina comenzando por ti misma.

Y te fuiste a cumplir tu pequeño deber, no sin antes pedirme que te escribiera todo aquello que se nos quedó por hablar.

A ti y a todas las camaradas del «Curso» os lo envío hoy. Y antes de que me preguntéis qué juicio he formado de vosotras, qué impresión he sacado de los mandos y del Curso y de las obreras, os lo diré yo en cuatro palabras encendidas como cuatro soles: Camaradas, creo en verdad que «otra vez tenemos España».



IMPERATIVO POETICO DE LA ORGANIZACION

Por MARIA LASO

«Pero un buen piloto sabe que ni el volcaras a babor, ni el volcaras a estribor es el destino del Barco, sino seguir la prolongación indefinida de la proa.

Y ésta, la proa del Barco, es la que tiene razón contra las bandas, porque apunta hacia alguna parte, porque se enfila, porque busca. La razón de la proa es la razón de los astros. Lo que traza la quilla sobre el mar ha sido antes trazado—sin materia, sin peso—por la matemática sobre datos exactos de ángulos estelares. Para acabar en la estela, hay que empezar en la estrella. En la Stella.—JOSE ANTONIO.

Toda organización, bagaje agobiante de burocracia, tiene una razón fundamental de existencia; pero en nosotras, que organizamos más con intención adivinadora que con sentido práctico, aunque prácticamente de excelente resultado, tenemos que demostrar la poética que puede encerrarse entre oficios, ficheros, archivos y papeles.

Puesta en marcha la Falange por la férrea voluntad de su Jefe, abierta ya la brecha de la revolución por su voz cañera y varonil, hechos los hombres al garbo de la camisa azul, nació el organismo interno del encuadramiento.

Hubo que seleccionar, encajar, encasillar a cada uno en su servicio; destacar voluntades, inteligencias, vocaciones; para ello, unos abnegados camaradas tomaban datos, filiaciones, especialidades, e iban desdoblando en ramas el tronco vertical de la Jefatura; acoplando las distintas necesidades para el mejor desarrollo de la tarea a realizar.

La Sección Femenina, nacida en ayuda y colaboración, adquiere su plenitud organizadora en la guerra, se despliega y ensancha en cuantas Regidurías Centrales son necesarias para su esencial cometido: la tarea de formar en espíritu falangista las almas de las mujeres, los hogares nuevos, las futuras generaciones.

Y nace inmediatamente en nosotras el imperativo poético, el sentimiento que nos impulsa a amar lo difícil, porque es lo bello, de rodear la áspera tarea diaria de una poesía viril y concreta que nada tenga que ver con el sentimentalismo y la cursilería, y si bien sobre nuestra mesa flores alegres, si las cortinas de nuestro despacho son claras, si se nota la mano de la mujer sin fingidas apreciaciones, también sabemos al redactar un oficio poner en él la actitud falangista de nuestra doctrina, sin violentar para nada nuestra condición. Haciendo del vocablo «poesía» lo clásico, esencial y verdadero de la palabra, sin torcidas derivaciones del viejo y arrinconado estilo feminista. Es cierto que no podemos hacerlo todo con canciones, ni sobre los telares con los hilos de oro de nuestra fantasía, ni en los triunfales desfiles de las banderas, ni en los sueños gloriosos de héroes y mártires, sino que hemos tenido que crear y fomentar aquella organización necesaria a la misión que de somos responsables.

Así, en todas las Delegaciones Nacionales y Provinciales hay un departamento que se ocupa de la formación religiosa, con su Asesor, sacerdote y religioso que

enseña al lado de la verdad cristiana la Liturgia de la Iglesia, y dirige las concurrencias por el mejor camino. El de Doctrina y Estilo, que repasa y expone continuamente ante los mandos y la masa los viejos textos de la Falange que viven en nosotras su permanencia inalterable.

La Asesoría Jurídica, que lleva sobre sí la selección de camaradas aptas para recompensas, o sujetas a expediente, y que obedece a una magnífica consigna de José Antonio que dice: «El juego imparisible de las normas es siempre más seguro que nuestra apreciación personal, lo mismo que la balanza pesa con más rigor que nuestra mano.»

El Departamento Central de Personal que informa y propone a la Jefatura Nacional el cese y nombramiento de los mandos.

Y el de Administración, de una austeridad y eficacia, rayana en lo milagroso.

Junto a esta máquina vital de nuestro organismo encontraréis a continuación las restantes Regidurías, explicadas por las plumas de nuestras camaradas en una más amplia información.

A nosotras nos queda, una vez abierto a vuestros ojos curiosos de lector el quehacer de la mujer falangista, solamente definirnos con palabras sencillas, cómo empleamos y encauzamos las jornadas en el sentido de nuestra voluntad de servir.

La organización, sus planes, su desarrollo y su desenvolvimiento no pasa de ser en nuestro gran bajel falangista de velas desplegadas, ambicioso de camino, el timón; el timón que la mano firme del mando lleva orientando y dirigiendo sin inclinarse hacia la derecha ni hacia la izquierda la proa del barco, la que enfila y apunta entre el bronco rugir de las olas o la época feliz de la bonanza, a un punto fijo, determinado y preciso. Cara al mar, cara al universo, cara a la línea recta de nuestra disciplina, en altiva intemperie, perseverando constantemente, en acatamiento a una norma, una ley moral, que es la brújula de nuestro destino.

Imperativo poético, estrellas y luceros. Los astros y la luz bajo un fondo de mapas, cuadros sinópticos, fichas, tablero de máquinas, cartas y estadísticas.

Hora tras hora, viendo marchitarse los días en lucha de sentimientos, mientras, como José Antonio nos dijera, «los números cantan su canción exacta.»

«Porque no hemos puesto nuestros amores esenciales en el césped.» Podemos sentir el verso clásico hecho carne en nuestro trabajo, venciendo el susurro de la melancolía que entonaba a nuestro paso la canción lánguida de un materialismo pernicioso, y, amando, en cambio, abnegadamente, con espíritu femenino, el himno vibrante de la Patria en armas con redoble militar, con cornetas al viento y repique divino de campanas sonoras y recias. Como nos forjó, entre pruebas durísimas y horizontos adivinados, esta Falange, por la cual unos cayeron sobre la tierra de España; otros en anchos campos de nieve cubiertos; en caminos de olas y espuma, trasegando los aires, tan cerca del cielo, y por la que nosotras hacemos del servicio un ágil navío descomulgado de la maravillosa aventura de la gloria de España.



HORIZONTES DE IMPERIO

Por MARIA ONTIVEROS

DEL léxico Joséantoniano se han hecho oración ritual en nuestro corazón y nuestros labios, por lo justas y lo proféticas, muchas de las frases de un lenguaje rotundo y poético, audazmente veras, hasta entonces desconocido.

Una palabra escogida del acervo caudaloso de su oratoria impetuosa, llamó entonces particularmente la atención del mundo: IMPERIO.

Porque José Antonio, al lanzar este concepto a la faz del Cosmos como torrente sin cauce y sin medida, no exigía reivindicaciones de territorios libérrimos, no. Dijo con asombrosa claridad de visión que la nación que da la primera con las palabras de los nuevos tiempos es la que se coloca a la cabeza del mundo, y él halló en todo momento esa expresión cabal al servicio de la idea. Su verbo hizo consigna para hechos históricos inmediatos el orden nuevo, que España ha de comunicar a Europa y al mundo, recabando ambiciosamente en esta empresa para nuestra Patria no la vanguardia, sino el ejército entero de ese orden nuevo, porque la misión de establecerlo era una misión reservada a España.

Profetizó: Pronto se realizará el Imperio español, que es la unidad histórica, física, espiritual y teológica. Y porque España fué nación hacia fuera, la impaciencia magnífica de su ardiente juventud española y la enorme capacidad de su visión política señalaron rumbo y norma a la tarea trascendental de España en lo universal.

José Antonio nos dijo en una ocasión que España se justifica por una vocación imperial; y una segunda vez nos habla de la vocación de Imperio de España.

Vocación dijo siempre, y no ambición. Y es de suma importancia en la dialéctica fluente sometida dócilmente a su enérgica voluntad, hacer resaltar la acepción del vocablo conscientemente escogido con relación al otro.

Vocación, esto es: inspiración con que Dios llama a algún estado, especialmente al de religión. Es decir: designio divino, misión esencialmente espiritual de paz y unidad a través de la física geográfica. Vocación imperial: expansión ilimitada en mares, cielos y tierras de los valores eternos, fundamentales e inmovibles, históricos y teológicos.

Ambición, o lo que es lo mismo, en su definición académica: pasión por conseguir poder, honras, dignidades o fama. España no pide posesión material, porque respeta los derechos ajenos y acepta el hecho legal de emancipación de los pueblos libres; pero exige imperiosamente, imperativamente, imperialmente, la supremacía indiscutible en el orden moral del concierto universal que le corresponde por derecho propio.

Vencer no es convencer, pero convencer es siempre una victoria. José Antonio así lo entendió, y arrollando las fronteras nacionales con potente empuje funda personalmente en Milán en el año 35 el primer jalón, el protoportavoz de nuestra doctrina, afortunadamente tan combatida, frente al mundo extranjero.

Polen fecundo fué que germinó tras los mares y allende las fronteras. fueron legiones las venidas de lejanos confines del orbe para formar más tarde adarve sus pechos, blindados con camisas azules.

¡Y la Juventud, espontánea, como flor de maravilla, incorporada como ofrenda del futuro al Movimiento Nacional! ¡Y las camaradas de la Falange Femenina en su tarea plural y fructífera! ¡Cuánta herida restañada



ria el copo blanco de algodón, la venda immacuada, procedentes de otros climas que fueron nuestros! ¡Y qué delicia para el convaleciente la rica hoja de tabaco o la purísima semilla del café, cargado de flores allá en su tierra natia!

España no cupo nunca en sí misma, y esto lo entendió José Antonio al manifestar, con escándalo de muchos, que el amor a la Patria no era localista, ni nacionalista siquiera, ¡y que la quería precisamente porque no le gustaba! Pero él hablaba para los suyos, y éstos sí le comprendieron.

Son muchos hoy los que hablan este idioma nuevo de milicia y sacrificio, y los que con su ejemplo han dado patentes pruebas de ello, porque la Falange tiene ese modo de ser. Primero en nuestra Patria, y ahora en tierras soviéticas, cada español que tiene un fusil en la mano es un nuevo Cid dispuesto a salvar todos los valores espirituales de la civilización.

Este valor de nuestra estirpe, tardío pero generosamente reconocido por la mayoría de las naciones, ha conquistado para España una preponderancia moral en Europa. Es así que, invitada a figurar en el Congreso Europeo de Juventudes celebrado en Viena en septiembre del año pasado, vemos la Comisión española ocupar el lugar merecido en la rectoría de las Juventudes europeas constituyéndose un Triunvirato de Jefes de Juventudes Femeninas, para la organización conjunta de las mismas, siendo elegidas entre todas las Representantes Nacionales de Juventudes de Europa, las de: España, Pilar Primo de Rivera; Alemania e Italia. La finalidad de ello es "la educación de la niña para cumplir su misión futura de mujer y de madre", no limitándose a los quehaceres puramente domésticos, sino atendiendo igualmente a su formación espiritual, cultural y física.

Falange está en pie con un quehacer ante la Historia, milite y cristiana. Bien lo saben nuestros amigos; pero hora es ya de que se enteren también los que están contra nosotros. Porque, quieran éstos o no, España pervivirá mientras Don Quijote, eterno andariego espiritual, siga recorriendo los caminos enjutos de La Mancha en todos los idiomas del mundo.



CanCIÓN de la artesanía

Por CARMINA MARTIN



la producción, alegría en el triunfo, estímulo en la concepción.

Y como fuimos despertando la canción y la danza por las tierras de España, como símbolo y expresión de sus pueblos, como añoranza y ensueño de los hombres que pasaron sembrando nuestras características raciales; como encarnación de ricas personalidades que al definir su variedad, hacían rica y esplendorosa la geografía espiritual hispana; fuimos buscando y desempolvando también las mágicas canciones, las sutiles danzas hechas flor y encaje, como preciosa gota del perfume y del alma regional.

Cada cielo, cada luz engendra un espíritu distinto que se manifiesta en el maravilloso y elocuente lenguaje del arte.

Así Castilla—mujeres de Carvajales, soñando rosas sobre estameñas austeras—,

nos dan lección de vida interior al descubrirnos el arroyo cantarín de la fantasía donde sólo creíamos ver la recta Tilosofía del surco.

Y Canarias, provincia castellana a "muy noble y muy leal", que realiza en su clima el milagro de hacer encaje y luz lo que del fuerte paño aprendiera. Manos femeninas de la Isla de la Palma que, como en un remanso ideal de la vida juegan y entrecruzan hilos de peregrinas transparencias.

Encajeras de las tierras fuertes de Almagro, vida única la de tus encajes perfectos y acabados como la fecundidad de tu suelo.

Dulces paisajes de gaitas y cantos célticos; hadas mágicas de tus umbrías que alientan las manos sencillas, ágiles y fecundas de tus encajeras de Camariñas.

Todo es canción en el esfuerzo, en la gloria de la concepción, en el potente sosiego del producir.

Artesanía española nueva y antigua como el vino y el pan; espíritu de canción en fecundas plenitudes. La Falange, sus mujeres, te enseñaron a plasmar en hilos de luz la mítica fortaleza de las flechas y los yugos en eco de continuidad con el cantar de resurrección que las camaradas fuertes empezaron a entonar en los aires de España.

ES acaso nuestra predestinación maternal la que nos impulsa a mecer en canciones sutiles la vida, y a percibir con sensibilidad increíble todo movimiento de actividad fecunda. O también porque nuestra virtud esencial, la abnegación, sea alma y nervio de la constancia y la alegría del esfuerzo.

Sea lo que fuere, sin pararnos en lo analítico, sabemos, mejor, sentimos, que poseemos una verdad engendradora de vida; la canción que para nosotras solas se oyó siempre, la canción artesana de la rueca y de la aguja. Canción de creadora misión que sostuvo alto y sereno en una fe invencible de triunfo, el clima de nuestro espíritu; con la moral constante que engendra el trabajo íntimo y cálido, el trabajo individual con regustos de hogar.

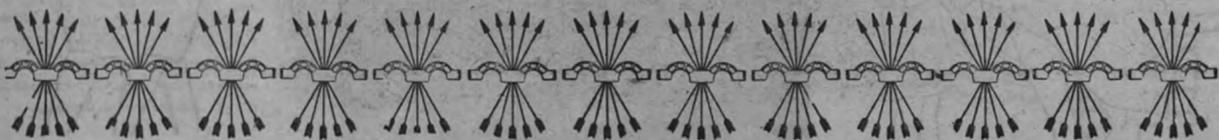
Canción engendradora de esperanza, de la serena esperanza de lo que llega a fin, a destino.

Nosotras, que comprendimos con rápida intuición el calor artesano de nuestro Movimiento, con alegría de afirmación iniciamos el camino de la conquista y de recobro.

Nosotras sabemos que artesanía es unidad en el esfuerzo, hermandad en



Camaradas de Valladolid hilando con los hilos de las Hurdes



Vieja canción de primavera

Por JOSEFINA DE LA MAZA



muerte, mi canción te seguirá hablando en tu corazón vivo"...

Y este es el primer paso para la conservación del folklore. El niño que percibe la misma canción oída por sus abuelos, ya no quiere escuchar otra. El encuentra la hermosura en aquella, en la canción popular; y en el folklore de su Patria busca y halla un cantar para cada año de su vida. Su pena o su esperanza, su quehacer cotidiano, toda su existencia social y familiar, está recogida, idealizada en los cantos populares. Por eso importa mucho que el niño cante las mismas canciones de sus antepasados, las de siempre, las que guardan vivas las emociones y el sentido de la raza, las que evocan en su acento los paisajes entrañables, las que nos ponen en comunicación con las ocultas fuerzas de la Naturaleza.

La restauración del folklore es un problema social, intelectual y moral, tanto como artístico. Su integración a nuestra existencia ha de ser favorecida con la instauración de costumbres que faciliten su desarrollo y su expansión normal: el amor al trabajo, la vuelta al artesano, el oficio de campesino exaltado en todo su valor.

Así lo comprendieron las muchachas de la Falange cuando en sus manos trabajadoras tomaron el folklore de España y le van levantando, desde la linde del sueño que dormía, hasta ensalzarle en sus máximos valores.

Hay quien considera el origen de la canción popular como el eco de obras creadas por gran-

des artistas, caídas en desuso y prolijadas por la noble gente del pueblo. Otros la consideran como emanación directa del genio del pueblo, arte elemental, que por su mismo aire cósmico y sencillo sobrevive al través de los siglos sin evolución, sin cambio.

Lo cierto es que el arte popular ha existido siempre junto a las creaciones sabias de los músicos profesionales.

Hoy miramos con alegría y esperanza cómo el destino del folklore español está guardado en el cuenco caliente y fecundo de las manos femeninas. El valor inestimable de nuestra lírica popular, su carácter, su valor psicológico, la riqueza rítmica y la plasticidad de las danzas de España está a merced de estas muchachas de la Falange que se han encontrado con un tesoro que le van debelando, poco a poco, con encendida emoción y un gran acierto. Por ellas, un porvenir definido y pleno le espera a la canción y al baile españoles. Si es verdad que la melodía popular es como una fuente de juventud que torna nuevo y limpio y brillante cuanto baña esta música y poesía, ¿qué no lograrán mavejadas con el garbo, donaire y pasión de las muchachas falangistas?

Niñas que saben bailar viejos aires como la "folia" y la "jota", luminosos bailes llenos de vigor, alborozo de una estirpe, ímpetu vital de una estupenda raza. La irreal y poética geometría de sus giros y acentos, es délicate del oído, goce de la mirada, sutil descanso del espíritu.

Por ello, por esta exaltación que de nuestro maravilloso folklore han hecho las mujeres falangistas; por esta armonía de lo antagónico—como el arma y la lira—que ellas han hecho concordar, les debemos una gratitud sin reservas.

Ellas velan por que en nuestra España vibren musicalmente todas las cosas—piedra, árboles, agua—. La perspectiva vital del folklore de nuestra Patria está muy bien guardada por las manos gráciles y fuertes de nuestras muchachas.



El dulce pismo de tener al hijo recién nacido en los brazos se resuelve casi siempre, para la madre, en una canción: porque el chiquillo llora y hay que callarle. No sirven exproclamaciones ni las amonestaciones más suaves ni la luz tamizada ni el vaivén leve de la cuna: ¡nada!... Y es que al niño "le gusta que le canten". Entonces un son materno y tiernísimo se prende en los labios maternales, unas palabras candidas le acompañan: y el chiquillo se duerme, modelado en su carita un aire de satisfacción: —Esto es lo que yo quería; que me cantaran...—, parece decir con su boca tan pequeña y que sabe dar tan formidables gritos. La madre calcula: —Le cantaré esta "nana" cuatro veces y se quedará dormido...— A veces tiene que insistir. Y la "oba" repite su son monótono en relación con la mayor o menor terquedad de la criatura... Los hay con mucho aguante.

Total: que el niño—el hombre—precisa que una voz invadida de paciencia y dulzura le cante desde que nace. Y no coplas de escenario y de revista. El quiere el misterioso cantar que durmió a sus abuelos, música y frase que se tiñó de lágrimas y risas, blanca canción de cuna, sin la cual él ha jurado, voluntarioso y diminuto, no dormirse... Y nosotras cantamos en la cálida siesta, a media mañana, después del baño... ¡y a las altas horas de la madrugada, Señor! Cuando ya todas las divas que en el mundo han sido, callan y descansan; cuando en la tierra no se oye rumor alguno, el cantar de cuna rueda al compás de los mares y los ríos, con un candor eterno, en una constante ascensión porfiada. Esta tenue voz maternal llena todo el universo con su pequeñez; una ternura sin fin la envuelve: la madre canta su viejísima "nana" y la repite veinte veces, medio dormida, abrazada al tirano pequeño, en esta hora callada del mundo. La canción de la madre, es, para cada hijo "como una estrella fiel sobre su cabeza". Porque la madre sabe decir o pensar: "Cuando mi voz enmudezca con la

La Divulgadora nos cuenta luego detalladamente cómo enseña a las niñas la higiene que deben tener para sus hijos y para sus viviendas, exponiéndoles los peligros inmensos que encierran la suciedad y el abandono.

Para atraer aún más a las mujeres se procura tejar por medio de la Sección Femenina, y ella misma les confecciona trajes, que les regala, y vestiditos para los niños, y sobre todo, canastillas para los recién nacidos. Frecuentemente también, como los niños mayores de seis meses necesitan un buen alimento, la Sección Femenina distribuye en el medio rural productos dietéticos, perfectamente preparados, que suministra en las Locales de la Sección Femenina mediante la receta médica correspondiente, con lo que consiguen, además, que las madres acudan a las consultas, para que los médicos vigilen el desarrollo y crecimiento del niño.

—¿Recuerdas alguna anécdota curiosa que te haya ocurrido en el transcurso de tu labor?

—Cosas curiosas nos ocurren muchas, constantemente... Una vez tuve que ir a poner inyecciones a una enferma que vivía con cinco hijos pequeños a bastantes kilómetros del pueblo; todas las mañanas iba y volvía; pero una tarde estando allí se desató un terrible temporal de nieve que bloqueó totalmente la casa y me impidió salir. La enferma, además, se puso gravísima; el marido no podía ni saber cuidarla, y los chiquillos, aterrados, no querían separarse de mí. Ahí, encerrada, sin comer—porque el poco alimento que había era preciso dárselo a los niños—, sin dormir—porque tenía que velar a la enferma—, pasé los cinco días más angustiosos de mi vida. Y mis padres en saber de mí, creyéndose perdidos por las campos y enterrados en nieve... Pero, ya ves—concluye Josefa sonriendo—la enferma se salvó, y ahora aquellos cinco días constituyen uno de mis recuerdos más felices.

—Pero no es sólo la cuestión sanitaria a la que atiende este Cuerpo admirable de la Divulgación Rural creado por la Sección Femenina. Las camaradas Divulgadoras realizan una labor espiritual de acuerdo y en contacto con los párrocos, propagando todas las normas de Leyes sociales del Nuevo Estado, gestionando subsidios y pensiones, ayudan a los sindicatos en su tarea, vigilan el cumplimiento de las ordenes, dándoles cuenta del estado de las viviendas, denuncian las anomalías que observan... viven, en una palabra—y sin percibir por ello un solo céntimo—dedicadas en cuerpo y alma a trabajar por el bien ajeno, por la justicia social, por la salvación del espíritu, por los desheredados, por los enfermos, por los niños... Han hecho suya hasta lo más profundo de su entraña esa frase maravillosa de José Antonio que puede ya ser por sí sola norma y guía de toda una existencia: «Sólo se alcanza dignidad humana cuando se sirve».

Josefa se despide. Terminada la consulta que le trajo a la capital, regresa a su pueblo, que es ahora para ella como un segundo hogar querido que la Falange le ha entregado y que es preciso cuidar y atender... Y eso que en el otro no le faltaba ya que hacer: olvidamos decir que el padre de Josefa es un modesto obrero y que siete hermanillos reclaman de ella un desvelo constante.

—¿Hay sitio para todos?—afirma, riendo, la Divulgadora.

Y se aleja tan maja, tan limpia, tan sana, con una luz de inteligencia nueva en sus ojos garzos. Su finura nativa de española se ha depurado aún en los cursos pasados. Un nuevo y admirable tipo de mujer.

Un poco, tan poquito, que no os podéis llamar a engaño... Pero ved aquí los servicios prestados durante el pasado año por el Servicio de Divulgación y Asistencia Sanitaria-Social:

Años	Muertes por difteria
1939	4.022
1940	3.171
1941	1.575

—No sabes la alegría que da—nos explica de nuevo Josefa—cuando has ido a una casa y has cogido a un pequeñuelo raquítico, con su vientre abultado, sus piernecillas flacas como hilos, su carita de viejo y su cabecita deforme, el contemplarlo poco tiempo después gordo y sonriente, gateando y armando alboroto como otro chiquillo cualquiera... Te aseguro que, por muchos esfuerzos que hayas hecho, por muchas caminatas y muchos sacrificios que te haya costado, la satisfacción te compensa mil veces.

—Y las madres, ¿os lo agradecen?—preguntamos.

—¡Ah, pues claro!—nos replica vivamente Josefa—. ¡Pobrecillas! ¡No lo han de agradecer!... Ahora todas me adoran en el pueblo; hasta aquellas familias que antes eran más enemigas... Hasta aquellas que me entregado y que es preciso cuidar y llegarlos incluso a arrastrarme... Y Josefa agrega dulcemente una frase que es, en su sencillez, toda una lección, todo un poema de estilo falangista:

—Claro que yo eso no se lo recuerdo nunca para que no creas que los guardo rencor, ni que quiero humillarles... Ellos ahora,

UN POCO DE ESTADISTICA AHORA...

Un poco, tan poquito, que no os podéis llamar a engaño... Pero ved aquí los servicios prestados durante el pasado año por el Servicio de Divulgación y Asistencia Sanitaria-Social:

Visitas a niños	868.117
Visitas a enfermos	234.854
Visitas a viviendas	372.887
Charlas de enseñanza	223.103
Tratamientos aplicados en vacunas, curas e inyecciones	547.967
Socorridos con alimentos, ropas y medicamentos	322.499
Dinero enviado para esta labor, pesetas	527.000
Ingresos en diversos Centros Benéficos	4.405

Esta es una parte—una parte principal—de la «epítoca» que realiza la Sección Femenina de Falange. Y ahora que vengán y nos digan si es cosa de mujeres o no...



La breve historia de JOSEFA divulgadora rural

Lula de Lara

luto al pueblo. Otra vez ocurrió lo mismo con unos casos de sarampión...

Al trasladar a las cuartillas las palabras que nos va diciendo Josefa, nos asalta un temor. Tú, lector, dirás: «Esto es excesivo! ¿Cómo pretenden hacernos creer que una moza de pueblo, una muchacha que ni siquiera pudo terminar la enseñanza primaria, es capaz ahora de desarrollar una labor de tanta importancia en el campo de la sanidad nacional? Y sin embargo, lector escéptico, así es. Milagros de Falange, si quieres. Pero lo cierto es que la Sanidad oficial ha encontrado en nuestras Divulgadoras, en nuestras Visitadoras Sociales y en nuestras Enfermeras las más valiosas y abnegadas auxiliares que pudiera jamás soñar Estado alguno. Así lo testimonian constantemente las Jefaturas Provinciales de Sanidad, y así acabamos de tener la satisfacción de que fuera declarado públicamente por el excelentísimo e ilustrísimo Dr. D. José A. Palanca y Martínez-Fortán, en su discurso pronunciado el 28 de marzo de 1943 en la Real Academia de Medicina. Estas fueron, exactamente, sus palabras que—en un pequeño inciso a nuestra entrevista con Josefa—vamos a transcribir:

«Pero no bastaba con esto. Falange Femenina tomó por su cuenta el problema de la vacunación específica. La vacunación fué declarada oficial por Orden ministerial de 5 de abril de 1941 y auxiliada con visitas domiciliarias, propaganda de diversas formas, películas, folletos, conferencias, etcétera, se consiguió la vacunación de más de medio millón de niños. Por Orden ministerial de 21 de marzo de 1942 se reanudó la campaña en aquel año, siempre en colaboración la Falange Femenina con la Sanidad del Estado, y aunque no podemos reputar como logrado totalmente el efecto que perseguimos—la extirpación de la difteria de nuestro país, desaparición que se conseguirá con toda seguridad en breves años, gracias a estas campañas—, el resultado conseguido ya se revela con toda claridad en las cifras siguientes, que expresan las muertes por difteria...»

Josefa sonríe cuando la preguntamos si le costó mucho trabajo seguir el Curso. —Al principio, sí. Figúrate, de pequeña, como era la mayor de siete hermanas, no había podido ni siquiera terminar la Escuela... Pero tenía tantas ganas de hacerme útil en el pueblo y de trabajar por la Falange y por España, que me puse a estudiar, a estudiar, a estudiar... ¡Tenía un miedo a los exámenes!... No pisé la calle en todo el Curso, ni aproveché los ratos de descanso; por allí bien...

Los ojuelos garzos de Josefa brillan al recordarlo.

—Y cuando volviste, ¿cómo te acogieron los del pueblo?

—Al principio, muy mal. Cuando intentaba visitarles, entrar en sus casas, enterarme de sus necesidades para buscarles solución, me esoltaban verdaderas barbaridades y muchos me cerraban la puerta de golpe; decían que no les hacían falta consejos de nadie. Hasta que un día conseguí ingresar en el Hospital Provincial a una enferma tuberculosa y me hice cargo de sus tres hijas, con ayuda de Auxilio Social. Entonces vieron que yo no iba solamente a darles consejos, sino a ayudarles con toda mi alma en nombre de Falange. Y ya todo cambió...

Ahora no son sólo los ojuelos garzos: la carita toda de la Divulgadora resplandece de alegría y de orgullo.

—Desde aquel momento, a cualquier hora del día o de la noche, todos acudían a mí en todos sus apuros. Si estaban enfermos me llamaban para que yo avisara al médico, y otras veces era yo misma quien les obligaba a hacerlo, porque en mis visitas advertía enfermedades infecciosas de las que ellos, en su ignorancia, ni se daban cuenta. En una ocasión descubrí en una casa cinco casos que me parecían sospechosos de viruela: avisé en seguida al médico, que acudió a comprobarlo y mis sospechas se confirmaron. Se cerró la Escuela, se tomaron medidas sanitarias, y gracias a las enseñanzas que en el Curso se me habían dado, se evitaron días de



La política—dicha decir por ahí a muchas gentes—no es cosa de mujeres... Y cuando oímos de las que le venían al orgullo de trabajar en la Falange, a quienes se alaba frecuentemente con tal afirmación, su poderosas venas de sentencias tan indignadas como sembradas por la terrible incomprensión que ello supone...

En primer lugar, ¿a qué llaman «epítocas»? Porque si por política entienden el dar mítines públicos, el dictar órdenes y leyes, el asumir funciones directivas en terrenos que, por exigir capacidad intelectual y energía, entran de lleno en la misión viril, entonces estamos de acuerdo: no es cosa de mujeres. Pero si la política encierra, en acepción más amplia y más nueva, un sentido total de la existencia, si representa la doctrina o las normas que van a regir la organización moral y material del mundo, la educación del hombre—del hijo—, su desenvolvimiento en una sociedad justa o injusta, su ética, su trabajo, su hogar, su patria, y hasta su derecho a creer en Dios... ¡en qué cabeza cabe, Señor, que de ello, de estas inquietudes a un tiempo trascendentales y elementales, deba excluirse a la mujer? Esto es situarnos, no ya en un grado de inferioridad frente al hombre, que nosotras mismas nos apresuramos a comprender y nos proclamamos, sino en una escala verdaderamente infrahumana, tan indigna, tan miserable—tan ilógica, simplemente—, que por ningún concepto se puede mantener su razón.

Pero en lugar de teorizar sobre el tema de la política femenina, presentemos un vivo ejemplo de cómo la practica la Falange y de lo que hacen sus mujeres. Vamos a hablar de una de las tareas asumidas por la Regiduría de Divulgación y Asistencia Sanitaria-Social.

LO QUE ES Y LO QUE HACE UNA DIVULGADORA RURAL

No hemos querido daros estadísticas secas, datos fríos, que harían tal vez regular vuestra mirada distraída, sin comprender toda la obra maravillosa que encierran. Por el contrario, hemos querido traer la estampa auténtica y viva de una Divulgadora Rural, con su camiseta azul y su carita fresca y reluciente de campesina. Se llama Josefa y vive en un humilde pueblecito de España; como ella, la Sección Femenina tiene miles y miles de Divulgadoras, trabajando en otros tantos pueblecillos, prelo un Curso de Formación en el que aprenden Puericultura, Higiene, Medicina preventiva, Lucha contra la mortalidad infantil y las enfermedades infecciosas, Leyes sociales del nuevo Estado (subsidiados, seguros, etc.), Religión, Nacionalismo, Cultura general, Educación...

Josefa sonríe cuando la preguntamos si le costó mucho trabajo seguir el Curso. —Al principio, sí. Figúrate, de pequeña, como era la mayor de siete hermanas, no había podido ni siquiera terminar la Escuela... Pero tenía tantas ganas de hacerme útil en el pueblo y de trabajar por la Falange y por España, que me puse a estudiar, a estudiar, a estudiar... ¡Tenía un miedo a los exámenes!... No pisé la calle en todo el Curso, ni aproveché los ratos de descanso; por allí bien...

Los ojuelos garzos de Josefa brillan al recordarlo.

—Y cuando volviste, ¿cómo te acogieron los del pueblo?

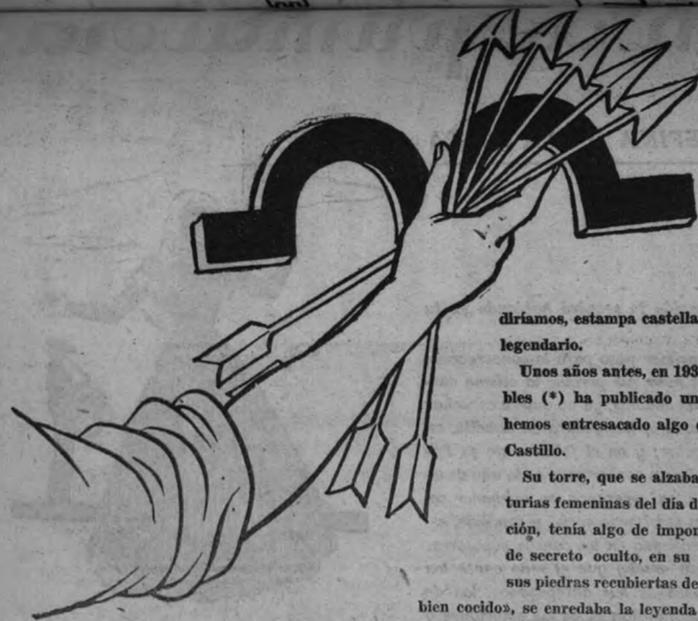
—Al principio, muy mal. Cuando intentaba visitarles, entrar en sus casas, enterarme de sus necesidades para buscarles solución, me esoltaban verdaderas barbaridades y muchos me cerraban la puerta de golpe; decían que no les hacían falta consejos de nadie. Hasta que un día conseguí ingresar en el Hospital Provincial a una enferma tuberculosa y me hice cargo de sus tres hijas, con ayuda de Auxilio Social. Entonces vieron que yo no iba solamente a darles consejos, sino a ayudarles con toda mi alma en nombre de Falange. Y ya todo cambió...

Ahora no son sólo los ojuelos garzos: la carita toda de la Divulgadora resplandece de alegría y de orgullo.

—Desde aquel momento, a cualquier hora del día o de la noche, todos acudían a mí en todos sus apuros. Si estaban enfermos me llamaban para que yo avisara al médico, y otras veces era yo misma quien les obligaba a hacerlo, porque en mis visitas advertía enfermedades infecciosas de las que ellos, en su ignorancia, ni se daban cuenta. En una ocasión descubrí en una casa cinco casos que me parecían sospechosos de viruela: avisé en seguida al médico, que acudió a comprobarlo y mis sospechas se confirmaron. Se cerró la Escuela, se tomaron medidas sanitarias, y gracias a las enseñanzas que en el Curso se me habían dado, se evitaron días de

“JOSE ANTONIO”

Por LUISA MARIA DE ARAMBURO



Piedras en ruinas (APUNTE HISTORICO)

«Lo que queremos es justamente lo contrario: hacer, por las buenas o por las malas, una España distinta de la de ahora. Una España sin la roña, la confusión y la pereza de un pasado próximo; rítmica y clara, tersa y tendida hacia el afán de lo peligroso y lo difícil.»—José Antonio.

SOBRE el potro recién domado de nuestro ímpetu, cara a un porvenir que, ambiciosamente para otros, vamos construyendo día a día, con el tesón y la alegría de nuestra juventud, hemos cabalgado esta mañana por campos de Medina. Quedaba atrás el polvo en obras de un Madrid abierto a la urbanización. Todavía los ojos, llenos de tráfago ciudadano e incómodo, porque ya la primavera espolea el ritmo de la sangre y prende verde y rojo, hierba y flor, sobre los trigos que apuntan al sol que los caldea, vamos por la ancha carretera castellana, que busca afanosa estos nombres que dijera José Antonio esmaltaban su suelo: Torreccillas, Madrigal de las Altas Torres, Medina del Campo.

Medina del Campo: insomnios y calambres de huesos viajeros en la noche traquetada de un departamento de ferrocarril; vaivén de mercancías, paisajes, entrecruzar de agujas y voces macilentas de empleados, en sordina de madrugada. ¡Para cuántos ésta era la fiel estampa de un pueblo que presenciaba los sueños, las esperanzas, los proyectos y las realidades de la gran Reina, de la Reina Santa de España: Isabel I de Castilla, forjadora de nuestra unidad!

Y hoy Medina del Campo, en esta primavera de una promesa, mayo de 1939, se ha poblado de risas y cantos, de desfiles y banderas, y el Caudillo de España entra sobre el puente fijo por el moho olvidado de los siglos, al esqueleto arrogante y activo del Castillo de La Mota.

Sobre sus almenas estoicas a los vientos y huracanes, las capas blancas de la Guardia Mora fingien días de esplendor a sus muros, y los clarines militares de nuestras tropas victoriosas parecen llenar de orgullo, nuevamente, sus paredes, torreones y saeteras.

1939.—Victoria en armas de España. Fruto de la tierra ganada palmo a palmo entre fuego y sangre. Ofrenda de mujeres a los vencedores. Casi casi

diríamos, estampa castellana de romance legendario.

Unos años antes, en 1932, Sáinz de Robles (*) ha publicado un libro, del que hemos entresacado algo de historia del Castillo.

Su torre, que se alzaba sobre las centurias femeninas del día de la Concentración, tenía algo de imponente atractivo, de secreto oculto, en su grandeza; por sus piedras recubiertas de ladrillo rojo y bien cocido, se enredaba la leyenda de espléndidas horas imperiales. Vigilante, ante la ruina demoleadora, parecía el vigía de un puerto amenazado, que se resiste a sucumbir. De entre las grietas, los grajos, que anidaron fácilmente, levantan un vuelo en espiral, que no los aleja de su refugio; las nubes, cortadas y risueñas, parecen deslizarse en reverencia de elementos, ante la señoría majestuosa e imponente, y la tarde, jugando a colores con la paleta de los vientos, envuelve en dorados reflejos los cuatro costados enhiestos que guardan el misterio de los días pasados. «Buen vigía de los caminos —nos cuenta Sáinz de Robles—, con la epidermis propia a toda sensación rediviva para la gloria de Castilla, cuyo pendón carmesí tantas veces tremoló sobre sus almenas» y sigue describiéndonos Sáinz de Robles: «Recio caparazón de ladrillo bien cocido, con sus torreones circulares, de sus altos adarves y saeteras cruciferas, de sus llenos en escarpa y su colosal torre maestra, ágil y señera.

De cuatro recintos se compone el Castillo de La Mota, todo él de ladrillo de la buena tierra, del agua sutil y del orondo sol de Castilla. Una barbacana exterior en torno a la plaza de armas y un murallón de cubos almenados y aspilleras; el Castillo propiamente dicho y la Torre del Homenaje, ocre, severa, dominadora de la planicie severa y ocre.

Dos corredores subalternos, uno debajo del otro circuyen la fortaleza, permitiéndole por sus disimuladas troneras una defensa encarnizada; un puente levadizo convertido hoy en permanente, de piedra, conduce hasta su puerta, y en su frontis, sobre un arco-puente, las armas de los Reyes Católicos, con yugos y flechas.

Otro arco altísimo conduce al Patio de Armas. La barbacana exterior está protegida por dos gruesos torreones y cubierta por el rastrillo, cuando éste se alzaba mediante un juego de goznes y de contrapesos.

La doble cintura de las murallas, presenta azotea con granitos, almenaje con saeteras y matacanes en el coronamiento.

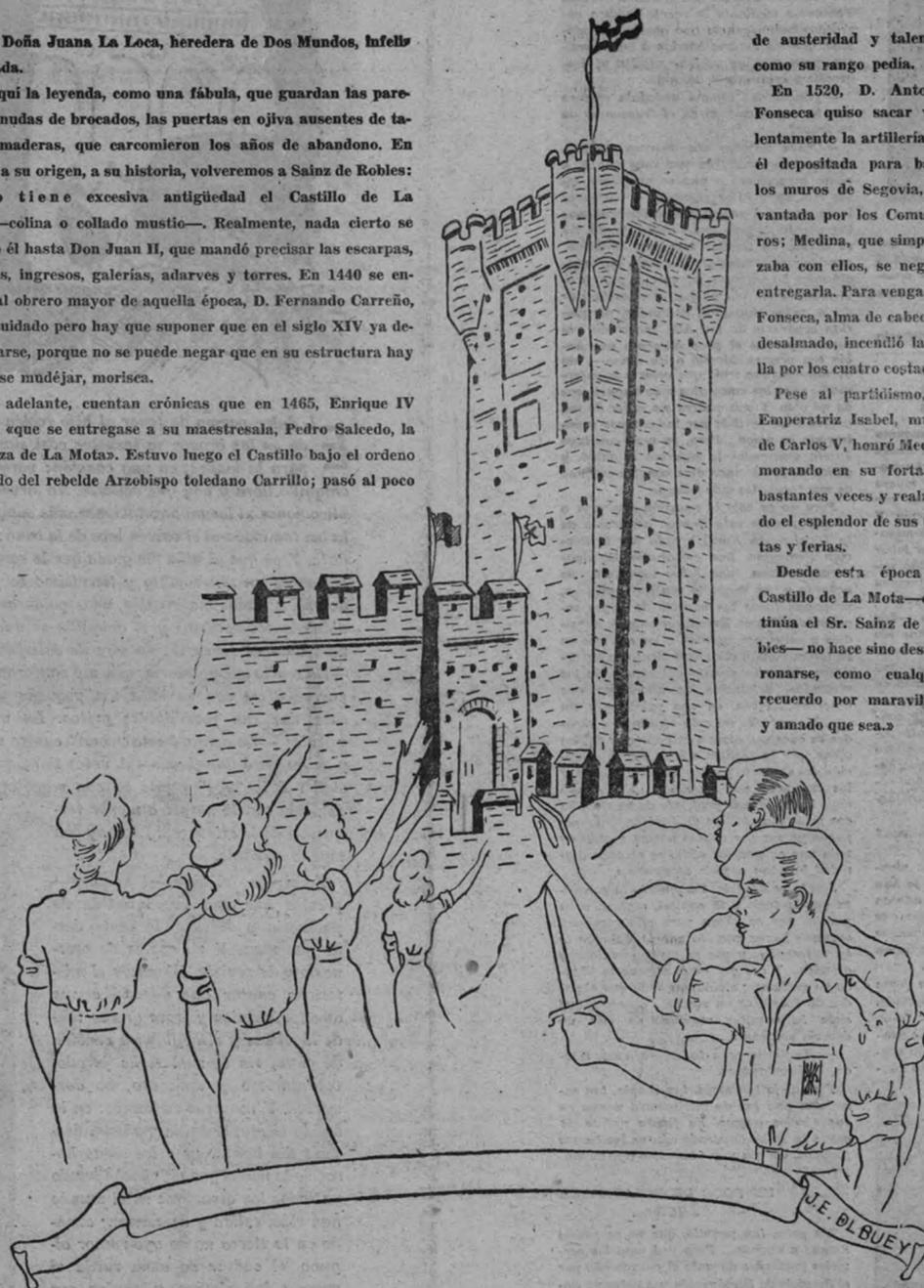
Detrás de esta coraza de piedra y de fuego, primorosas estancias, hoy desaparecidas por completo, se ofrecían suntuosas. Las hacen sospechar lacerias primorosas de estilo mudéjar, arquerías diminutas; cupulines y zócalos. El llamado «Palmador de la Reina», donde, cabe al vitral, esperaba enferma de amores, trastornada la mente, la infor-

tunada Doña Juana La Loca, heredera de Dos Mundos, infelz y deseada.

He aquí la leyenda, como una fábula, que guardan las paredes desnudas de brocados, las puertas en ojiva ausentes de talladas maderas, que carcomieron los años de abandono. En cuanto a su origen, a su historia, volveremos a Sáinz de Robles:

«No tiene excesiva antigüedad el Castillo de La Mota —colina o collado mustio—. Realmente, nada cierto se sabe de él hasta Don Juan II, que mandó precisar las escarpas, cortinas, ingresos, galerías, adarves y torres. En 1440 se encargó al obrero mayor de aquella época, D. Fernando Carreño, de su cuidado pero hay que suponer que en el siglo XIV ya debía alzarse, porque no se puede negar que en su estructura hay una base mudéjar, morisca.

Más adelante, cuentan crónicas que en 1465, Enrique IV mandó «que se entregase a su maestra, Pedro Salcedo, la fortaleza de La Mota». Estuvo luego el Castillo bajo el ordeno y mando del rebelde Arzobispo toledano Carrillo; pasó al poco



tiempo al feudo de los Fonseca, hasta que hacia 1477 entró en poder de los Reyes Católicos.

En una cocina de él, junto a la misma barrera, casi a la intemperie, sin notar los cierzos de Castilla la Alta, habitó mucho tiempo Doña Juana.

Preso en el recinto, perdió sus esperanzas al trono de Nápoles, Fernando, Duque de Calabria. En más duro cautiverio de sus ámbitos, se embraveció el engañado César Borgia, que al fin pudo huir.»

Y en él vivió y se afirma murió, tras una vida ejemplar y fecunda, que ha quedado prendida en todos los resquicios, estancias, pasadizos y cuartos la insigne Isabel de Castilla, Reina, mujer, misionera, descubridora y ferviente ejemplo para el mundo,

de austeridad y talento, como su rango pedía.

En 1520, D. Antonio Fonseca quiso sacar violentamente la artillería en él depositada para batir los muros de Segovia, levantada por los Comuneros; Medina, que simpatizaba con ellos, se negó a entregarla. Para vengarse, Fonseca, alma de cabezalla desalmado, incendió la villa por los cuatro costados.

Pese al partidismo, la Emperatriz Isabel, mujer de Carlos V, honró Medina morando en su fortaleza bastantes veces y realizando el esplendor de sus fiestas y ferias.

Desde esta época el Castillo de La Mota —continúa el Sr. Sáinz de Robles— no hace sino desmoronarse, como cualquier recuerdo por maravilloso y amado que sea.»

II

Por obra y gracia...

«Sólo la fe remueve las montañas, y la fe en un gran destino español es el patrimonio de ese Movimiento que nos convoca a sus filas.»—José Antonio.

Y la fe, hecha milagro de tenacidad, de laboriosidad y artesanía, fué con mano española y falangista recubriendo, ajustando, modelando almenas y torreones, puentes y pasadizos, adarves y saeteras; coronando con ladrillos bien cocidos los huecos que siglos de cierzos y agua fueron robando al Castillo su actitud de poderío, y el recuerdo maravilloso y amado ya no se desmorona,

porque la Falange ha puesto, cara a la torre secular, sus mejores miras.

Y han pasado unos años, cortos de tiempo y anchos de ambiciones, y Medina se recrea de nuevo en su Castillo.

Las amplias estancias se han cubierto de paredes severas y blancas. El patio de armas, sonríe al sol de un nuevo futuro de Imperio, con ángulos justos, de piedras menudas en su suelo recreándose en su auténtica portada plateresca; las antiguas habitaciones reales son hoy aulas para la tarea y la acción; los anchos pasadizos se adornan de cuadros y estampas: bajeles, navios y bergantines, cantan el himno mariner que hizo grande a Castilla, cara a todos los mares, y la Carta Geográfica de Juan de la Cosa, es lección inmutable a los ojos ilusionados de nuevas generaciones.

«Empalmemos con la España difícil y eterna que esconde la verdadera tradición española», nos dijo José Antonio, y su voz y su nombre campean en los vetustos muros castellanos, junto a la gloria imperial de los Reyes Católicos.

De una España en ruinas, el Caudillo va sacando lo difícil, lo bueno, lo generoso y eterno de nuestro destino, y la Falange, en apretada disciplina a su mando, puebla de vida y de gracia, de plegarias y canciones, de actividad y donaire las viejas almenas seculares. En la torre, otra vez orgullosa y en vanguardia de empresas, ondea a los aires la heroica bandera cargada de sangre y de honra, con sus yugos y flechas, insignia de poderío y permanencia. El aire la envuelve y sus pliegues tienen sonido de velas desplegadas, de salud y empuje, de fecundidad y cosecha.

A su sombra, afanosamente, las camaradas de la Sección Femenina absorben la verdad que labios falangistas dictan, urgando los textos de nuestra Doctrina familiar y bajo el cielo absoluto, azul y sin celajes de Castilla graban en sus almas las consignas.

«Esta generación, depurada por el peligro y el desengaño, puede buscar en sus propias reservas espirituales, acervos de abnegada austeridad», y las muchachas, llenas de fervor y de ímpetu, viven la austera vida que aquellas paredes rezuman para mejor servir. Servir a la España de los Destinos Universales, la que supo descubrir un mundo «para incorporar a los que lo habitaban a una empresa universal de salvación»; por eso, cada mañana a la hora tempranera en que los grajos cantan su saludo al amanecer, ellas piden al Señor de los Ejércitos, que vela y protege sus horas de estudio, en capilla religiosa y severa, les abra e ilumine sus entendimientos y aliente sus empeños.

A toque de campanero de buen bronce, transcu-

rre la jornada intensa de su aprendizaje: junto a la palabra de Cristo y su liturgia, la labor manual; tras la doctrina falangista, la canción folklórica; en el yantar sencillo, la ciencia doméstica, y como comienzo y colofón, el rito solemne de las banderas que se izan con frases de JOSE ANTONIO y FRANCO. Mientras ya la noche se tiende, envolviendo el Castillo y las estrellas —centuria de nuestros mejores—, se marca el campo de esta Medina para todos estimable que revive las horas esperanzadas de su largo letargo. En tanto, las notas del himno de amor y de guerra se apagan el son de la última plegaria vespertina: «Con nosotros estás, Señor, y sobre nosotros ha sido invocado vuestro santo nombre; no nos abandonéis, Señor Dios nuestro...»

El silencio, heraldo de la paz, se hace centinela del alma que ha aprendido hora a hora el sentido de su responsabilidad, la grandeza del orden, el concierto de la propia existencia, en la armonía del mundo. Como obedeciendo a una ley, a un entendimiento de amor.

III Firal

«Junto a esa piedra milenaria de nuestro camino, se nos exige, ya cara a la historia, un rigor de precisión y emplazamiento.»—José Antonio.

Y nosotros, atentas a las exigencias del momento histórico que por suerte vivimos, hacemos de nuestra vida un puente entre aquella Patria que ordenaba Isabel, femenina y dulce, con sus claros ojos adivinadores, y la futura España que ha de regir los destinos espirituales de un mundo, de una civilización que, como la torre Maestra, se resiste a perecer entre el olvido o la barbarie.

«La generación es un valor histórico y moral. Pertenezcamos a la misma generación los que percibimos un sentido trágico de la época en que vivimos, y no sólo aceptamos, sino que recabamos para nosotros la responsabilidad del desenlace.»

Por eso, en el Castillo de La Mota, en la Escuela Mayor JOSE ANTONIO no tiene sitio ni lugar lo estrecho, lo chato, lo personal, ni lo menudo. Allí el aire es puro, y el horizonte es amplio, la vida clara y el sentir alegre, como una savia nueva que hubiera acelerado con aire de primavera triunfal el ritmo de la sangre, el rigor del estilo, la poesía de servir y la responsabilidad de acertar cumplidamente con el gesto, entero, viril y apasionado de un desenlace permanente, por medio de nuestro ser religioso y militante.

¡ARRIBA ESPAÑA!



(*) Sáinz de Robles. «Castillos de España».